

Cristóbal.

Un profesor
que transmite
que la
creación
artística
te llegue a
conmover

SEBASTIÁN GARCÍA GARRIDO

-Catedrático de Diseño-

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA



Cristóbal fue mi profesor de la asignatura de Dibujo en primero de bachillerato que hice en el Instituto Pérez de Guzmán. Entonces no tenía ninguna afición ni atracción especial por el dibujo ni la pintura, aunque en el colegio sacaba buena nota cuando alguno de los profesores que tuve pedían alguna rara vez que simplemente hiciéramos un dibujo o nos repartían unas láminas de Freixas para copiar. Porque nunca he tenido asignatura sobre

ello en los colegios en que estuve. Sin embargo, ponían una calificación media cercana al aprobado cuando en el impreso de notas venía esa materia. Lo único que hacía en mi casa, y me gustaba mucho, eran planos de casas, de un hotel, etc. (de verlos a mi padre) y diseños de coches a los que les ponía el modelo, tras la marca Pegaso o Seat.

Cristóbal, con la naturalidad y discreción que le caracterizaba y sin necesidad de hablar mucho, me enseñó a expresar la intuición, de-

jándome llevar por la satisfacción, sin saber por qué, de crear un mundo personal. Recuerdo cuando le llevaba a la mesa el resultado de una vidriera circular, que nos había pedido hacer, y luego una de arco gótico... Las vidrieras debían ser sobre cartulina negra y pintadas con ténpera, que tenían colores muy vivos y cubrían el negro de la cartulina debiendo dejar el espacio del plomo entre colores... Algo distinto, y con pincel. Nos introdujo en una técnica nueva, en que el color intenso y plano eran protagonistas. Explicaba incluso la composición de la ténpera también llamada *gouache*, y otras técnicas desconocidas, que esta se hacía con polvo de pigmento mezclado con un aglutinante para diluir en agua. Debí decirnos incluso dónde comprar los componentes, porque en el verano siguiente me fabriqué botes de cada color, con los pigmentos comprados en la droguería de 'Melchor Durán', que tenía de todo. En un tablero de más de un metro de ancho me puse con la composición de un dragón protagonista y en el centro de un paisaje, con personas reunidas alrededor del fuego que este venía a encender. Era un entorno de naturaleza, con animales que con-

vivían tranquilamente a pesar de ser uno predador del otro, y que se habían mezclado con otras especies, como el perezoso-panda o la jineta-leopardo.

Esa actitud discreta, sabiendo que le gustaba, en su asentimiento y la expresión de su cara, permitía descubrir que podía plantearme una manera diferente de ver y hacer las cosas. La experiencia y oportunidad de las vidrieras, para simplificar y geometrizar las formas, hicieron prestarle atención a la actividad. Esa obra del dragón, que luego llamé '*Armonía de la naturaleza*', iniciaba una experiencia totalmente intuitiva, que veía extraña pero que aceptaba como circunstancial y como excusa para practicar esa técnica de la ténpera, que conseguía colores tan limpios. Pensaba hacer algo más habitual y serio en siguientes trabajos... pues la cantidad de ténpera que salió era para dedicarme a ello algunos años. Admiraba esos polvos de pigmentos tan diferentes, que ven-

Iniciaba una experiencia totalmente intuitiva, que veía extraña pero que aceptaba como circunstancial y como excusa para practicar esa técnica de la ténpera, que conseguía colores tan limpios. Pensaba hacer algo más habitual y serio en siguientes trabajos... pues la cantidad de ténpera que salió era para dedicarme a ello algunos años.

Cristóbal, con la naturalidad y discreción que le caracterizaba y sin necesidad de hablar mucho, me enseñó a expresar la intuición, dejándome llevar por la satisfacción, sin saber por qué, de crear un mundo personal.

Hotel Victoria
(Ronda).





Armonía en la naturaleza.
Témpera sobre tabla
110x73 cm
(Sebastián, 1976).

dían al peso en esa droguería tan especializada, donde seguí comprando tubos de óleo de la marca *Mussini*, que no encontraba ni en Sevilla, eran muy finos y tenían un color muy limpio y puro, además de una calidad que aún me quedan de algunos colores. Cuando comprobé que no traerían los tonos que faltaban me llevé los que quedaban, y me dijeron que se los habían traído a Téllez Loriguillo, a quien le gustaba expresamente usarlos.

Esa primera pintura del *dragón* no fue superada por ninguna posterior en cuanto a extraña y enigmática. Supe después que el dragón es la insignia más antigua del arte en China y Japón, que representa el poder espiritual supremo, el conocimiento y la fuerza. La propia manera particular de componer el cuadro mediante polígonos perfectamente dibujados y pintados, incluso el cielo, recortando cada pieza como un puzzle, más que un mosaico en que no encajan las teselas directamente. Aún me intriga ese cuadro que supuso como el proyecto fin de carrera de la primera asignatura de dibujo, y en la que obtuve matrícula de ho-

La seguridad y confianza que te daba Cristóbal, sabiendo que realmente era un profesor de artes plásticas, me hizo coger confianza y adentrarme en la creación que es aún lo que me hace inmensamente feliz en la vida.

nor junto a matemáticas. Pero tengo la certeza que cuanto me llegó a conmover esa obra, mientras la hacía con el método de la vidriera, durante ese feliz verano, marcó mi pasión por la creación artística. A pesar de obtener en dibujo técnico la matrícula de honor en COU, con diez en selectividad y de tener siempre claro que si podía estudiar sería arquitectura, en el último momento me decidí por Bellas Artes, que tenía una especialidad en diseño, que me permitiría disfrutar creando, mucho más de lo que podría hacerlo como arquitecto.

Llevé a ver el dragón, a mi profesora de dibujo técnico en COU, Pepa Gómez, que desgraciadamente no impartía una asignatura artística, habiendo sido una reconocida galerista. Me dijo, después de un rato mirando el cuadro tan

BAILE Farruco, Matilde Coral y Rafael el Negro CANTE Chocolate, El Lebrijano, Juan el de las Lomas, Antonio Mairena, José Menese, Naranjito de Triana y la Perla de Cádiz GUITARRA Paco de Lucía, Parrilla de Jerez, Rafael Mendiola y Pedro Peña PIANO José Romero

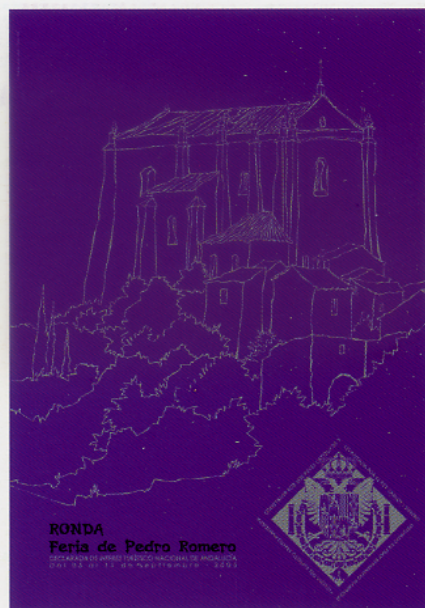
Recinto de Festivales de la Alameda del Tajo. Organizado por el Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad. A las diez y media de la noche



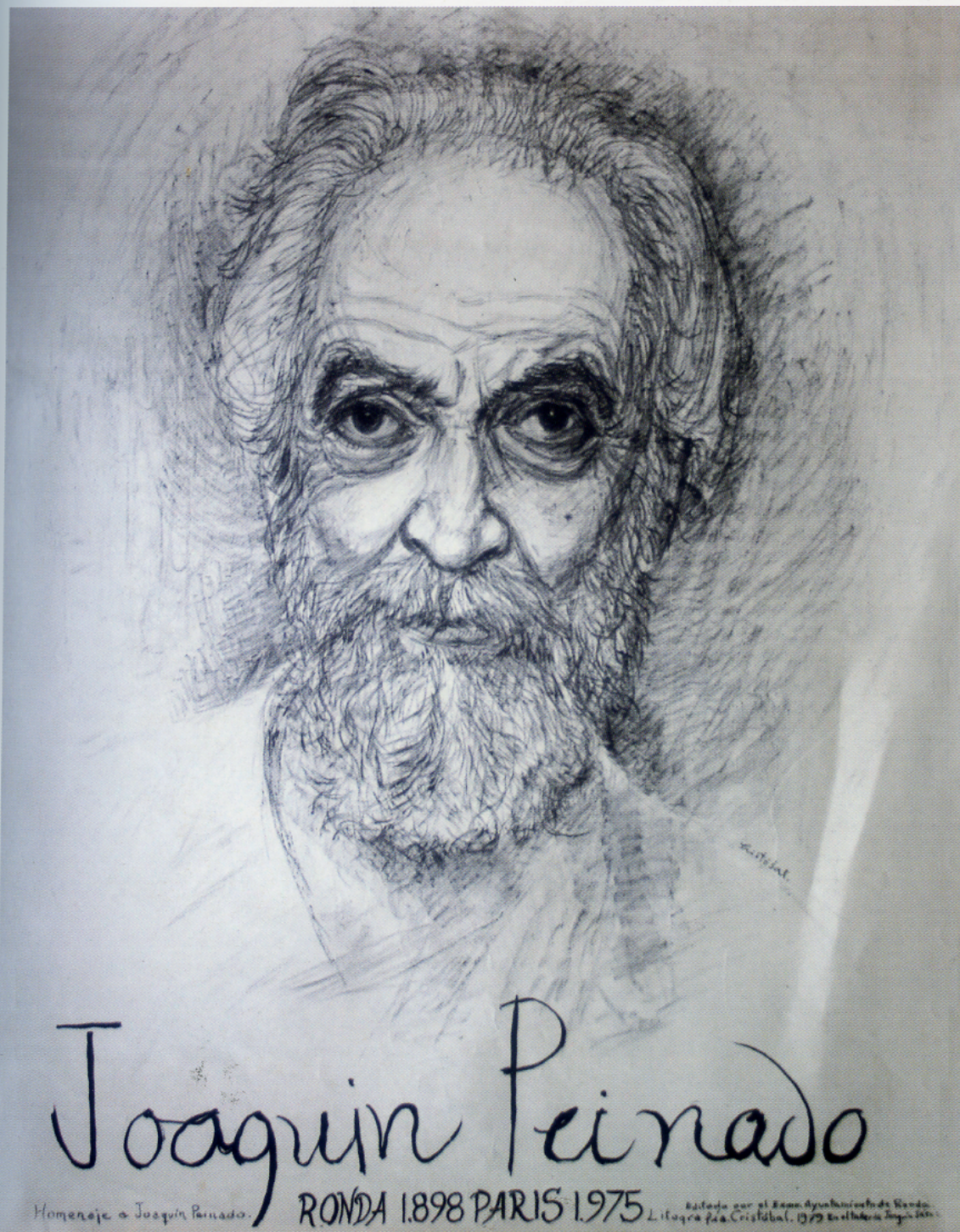
extraño, que tenía un excelente sentido del color. Pero a quienes realmente sorprendió el cuadro, cuando menos me lo esperaba –casi acabando la carrera–, fue a Vicente Bolós, el profesor que me preparó el verano previo para ingresar en Bellas Artes, con quien practiqué por primera vez el modelado, y resolví dibujos y pinturas académicas que me permitieron comenzar desde un cierto nivel. Un día que iba con su hijo me pararon muy contentos y sorprendidos para darme la enhorabuena por el *cuadro del dragón*, que habían visto expuesto en la Casa de la Cultura... No se referían a nada preciso, solo que no se esperaban encontrar algo así, que les dejó impactados y realmente conmovidos.

Después de ese verano, y la satisfacción personal que me había dado emprender y ter-

minar el extraño cuadro, era consciente de que había una actividad que me gustaba especialmente. Disfrutaba mucho más en la medida en que tuviera que crear el motivo representado o la manera de hacerlo, en lugar de reproducir algo que ya estaba resuelto. Así ha sido siempre, incluso en la época tras el final de la carrera en que estuve haciendo paisajes específicos para las sucursales de los pueblos de la Serranía cuando se reformaban y el aparejador, Antonio Arenas, quería que hubiese cuadros de la propia localidad. Era muy escrupuloso en que las casas que aparecían fuesen las que realmente existían en la realidad, como si



Cartel de la Feria de Pedro Romero de Ronda (Sebastián, 2005).





Palacio Mondragón
(Ronda).

los vecinos buscaran luego si estaba allí la suya. Pero en todo lo demás, incluso en los cielos, hacía un esfuerzo por diseñar algo diferente entre unos y otros.

La seguridad y confianza que te daba Cristóbal, sabiendo que realmente era un profesor de artes plásticas, me hizo coger confianza y adentrarme en la creación que es aún lo que me hace inmensamente feliz

en la vida. Después de ese curso de primero no volví a encontrarme con él hasta cuando estudiaba en la Facultad de Sevilla. Fue en primero de carrera, que vivía en Los Remedios y nos cruzamos en la calle, cuando me invitó a vernos un día en el Instituto Bécquer, en Triana, donde estuvo de profesor unos años. Me comentó entonces que estaba trabajando últimamente en cerámica, en el horno del instituto, algo que me sorprendió porque no conocía